

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

Siglos XIX y XX



Capítulo 3



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

Bibliotecas y cultura letrada en América Latina

Siglos XIX y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LAS BIBLIOTECAS NACIONALES DE AMÉRICA CENTRAL DURANTE LOS SIGLOS XIX Y XX

Iván Molina Jiménez

El propósito fundamental de este ensayo es analizar la fundación y las principales características de las bibliotecas nacionales de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica en los siglos XIX y XX, especialmente entre 1870 y 1914. El periodo indicado corresponde al ascenso de los gobiernos liberales y a la puesta en práctica de reformas dirigidas a modernizar las sociedades centroamericanas en un sentido capitalista y positivista. Los años especificados estuvieron dominados también por el impulso dado a diversas políticas en el campo cultural, especialmente en el educativo, y por iniciativas que enfatizaban la construcción de la nación como una comunidad imaginada, aunque —en la práctica— profundamente desigual en términos de clase, etnia, género y origen geográfico de sus habitantes, no todos ciudadanos con plenos derechos.

La primera sección del presente estudio analiza precisamente la conformación de las identidades nacionales y su relación con la expansión de la cultura impresa y la constitución de una esfera pública; la segunda considera el papel de los intelectuales —de los escritores, en particular— en la Centroamérica de finales del siglo XIX a inicios del XX; la tercera se concentra en la creación de las bibliotecas, con especial énfasis en la composición de sus fondos bibliográficos —sobre todo para los casos de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica—, aunque sin descuidar temas como sus funciones, sus objetivos y sus relaciones externas; la cuarta examina el papel jugado por tales instituciones en facilitar el consumo de la literatura de masas; y la quinta explora brevemente las experiencias posteriores a 1914, incluido el caso especial de Panamá.

Los enfoques que hasta muy recientemente predominaron en la investigación histórica de las bibliotecas nacionales, tanto en América como en Europa, tendieron por lo general a acentuar los factores institucionales y administrativos —en una

dimensión descriptiva más que analítica— y a privilegiar el estudio por país, en vez de incorporar perspectivas comparativas (Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, 1995; Peatling, 2004, pp. 33-47). La visión de conjunto que ofrece este artículo permite identificar los procesos comunes y las especificidades de los diferentes casos centroamericanos, y precisar los contextos sociales, culturales y políticos en que cada institución fue fundada y su relación con los proyectos nacionalistas de que formaron parte.

CULTURA IMPRESA E IDENTIDADES

El viajero alemán Julius Froebel, quien visitó Nicaragua entre 1850 y 1851, fue agradablemente impresionado por un médico de la ciudad de Granada, quien

siendo inclinado a la metafísica se sentía enormemente atraído por la filosofía alemana, en la cual se había iniciado leyendo libros franceses llegados de algún modo a Nicaragua. «Los alemanes», apuntó, «tienen un gran filósofo llamado Schlegel autor de un libro titulado *Filosofía de la Vida*. Y tienen otro gran filósofo de apellido Hegel, pero a éste es muy difícil entenderlo» [...] los más abstractos metafísicos de Alemania no debieran olvidar, y en especial si tienen la desgracia de ser traducidos al francés, que pueden causar perjuicios en Nicaragua (Froebel, 1978, p. 24; los entrecomillados y las itálicas son del original, cuya ortografía se respeta en esta y en todas las citas textuales).

La sorpresa de Froebel fue similar a la de otros científicos y aventureros europeos y estadounidenses: al viajar por Centroamérica después de 1821, fueron testigos del proceso de expansión del consumo de libros profanos. El acceso a obras de este tipo fue muy limitado durante la época colonial, una condición que obedeció más a la pequeñez del mercado que al control efectuado por las autoridades. Los títulos prohibidos, casi siempre vinculados con la Ilustración, circularon muy poco: en el ocaso del siglo XVIII, el tráfico se concentró en Guatemala y se basó en tan escasos ejemplares que no era excepcional la existencia de copias manuscritas del material impreso disponible (García Laguardia, 1969).

El contexto descrito varió después de la independencia: a partir de 1821, con el aumento en la circulación de extranjeros, el crecimiento urbano y los avances —social y étnicamente limitados— de la alfabetización, se ampliaron y diversificaron las audiencias de lectores. La oferta de libros, otrora servida por los comerciantes, empezó a especializarse: en la Guatemala de 1840, Andrés Horjales publicaba ya un catálogo de lo que tenía a la venta en su librería; y en los otros países se abrieron establecimientos similares en Granada (1840), en Tegucigalpa (alrededor de 1850) y en San José (1856). Los textos devotos (novenas, breviarios y catecismos) cedieron espacio en esos locales a las obras científicas, a los tratados filosóficos y económicos

y a las novelas, entre otros, de Walter Scott y Eugenio Sue (Bolaños, 1976, p. 276; Molina Jiménez, 1995, pp. 103-104; Valenzuela, 1961-1962; Valle, 1981, p. 23).

El periodo posterior a 1821 fue escenario de otro cambio fundamental: la difusión de la actividad tipográfica. En efecto, durante la época colonial, únicamente Guatemala dispuso de una tecnología de ese tipo, que se trajo de México en 1660, empezó a operar bajo la dirección de José de Pineda Ibarra y se consagró al tiraje de textos escolásticos y devotos (Oss, 1984, pp. 77-107). La experiencia de los países vecinos fue en extremo tardía: la imprenta se introdujo en El Salvador en 1824, en Honduras en 1828, en Nicaragua en 1829 y un año después en Costa Rica (Meléndez, 1990, pp. 41-84; García, 1988, p. 51). Estos nuevos talleres fueron la base para la publicación creciente de libros, folletos, periódicos, volantes y otros impresos.

La producción de libros y folletos creció sostenidamente durante el siglo XIX, en especial después de 1880: entre ese año y 1899 se imprimieron en El Salvador 577 títulos, en Honduras 437, en Nicaragua 388 y en Costa Rica 472. El 62,7% de este corpus se publicó en las tipografías estatales, un 52,4% tenía una extensión inferior a las cincuenta páginas y el peso de los textos oficiales era bastante significativo: un 44,7% (un máximo del 58,4% para el caso hondureño). El examen del lugar de edición evidencia el predominio aplastante de las capitales: en su conjunto, esa proporción ascendió en los cuatro países a un 90% (un mínimo del 70% en suelo nicaragüense) (García Villas, 1952; Dobles Segreda, 1927-1936, 1968; Latin American Bibliographic Foundation & Ministerio de Cultura de Nicaragua, 1986; García, 1971, I, pp. 26-45, 126-147; Valenzuela, 1961-1962).

La temática de los impresos a su vez era limitada: en El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, el 71,4% del total de títulos (1874) correspondía a obras que versaban sobre asuntos políticos, económicos, legales y educativos, o a reglamentos, estatutos y memorias. El porcentaje alcanzado por textos de otro tipo era muy bajo: 6,8% en literatura, 6,4% en historia y geografía, 3,3% en ciencias, 3,2% en medicina, 2,6% en religión, 1,6% en filología, filosofía y lingüística y 4,7% en otras áreas (García Villas, 1952; Dobles Segreda, 1927-1936, 1968; Latin American Bibliographic Foundation & Ministerio de Cultura de Nicaragua, 1986; García, 1971, t. 1, pp. 26-45 y 126-147; Valenzuela, 1961-1962). La baja proporción de textos devotos evidencia cómo la actividad tipográfica —en la que influían decisivamente los Estados mediante sus propias imprentas— contribuyó a la secularización social.

El tardío despliegue historiográfico y literario fue influenciado, en los cuatro casos, por la construcción cultural de la nación. Este proceso, que se inició o intensificó después de 1870, fue lento y limitado, y supuso, aparte de la fundación de instituciones —museos, teatros, colegios, bibliotecas y archivos—, la emisión

de monedas, la formación de un panteón de héroes, la inauguración de estatuas y monumentos, y la práctica de un conjunto variado de tradiciones nuevas, especialmente de las fiestas cívicas en torno a un evento o a una figura (Díaz Arias, 2013, pp. 64-97). La conformación de una cultura nacional en los distintos países centroamericanos tuvo un éxito desigual, según fuera el trasfondo social, étnico y político de cada experiencia.

El ascenso del capitalismo agrario en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua se caracterizó por diversas formas de violencia en el campo, dirigidas principalmente contra los indígenas y asociada a los enfrentamientos por las tierras comunales. Los conflictos referidos fueron particularmente intensos en los dos primeros países, y más atenuados en los casos hondureño y nicaragüense, en los que la intervención extranjera —empresas o fuerzas militares estadounidenses— fue decisiva (Mahoney, 2001; Pérez Brignoli, 2010, pp. 87-120; Woodward, 1999, pp. 120-223). La difusión del nacionalismo, en un contexto de expropiación fundiaria y coacciones extraeconómicas en las áreas rurales, se concentró en el mundo urbano y, entre los sectores populares, se limitó a los artesanos y obreros (Acuña Ortega, 1994, pp. 145-164). La experiencia capitalista de Costa Rica fue diferente: un campesinado mercantil, con un acceso desigual a la propiedad territorial, presionó eficazmente para asegurarse un espacio vital en un universo social y político en el cual la dinámica electoral abrió una vía estratégica para canalizar institucionalmente las demandas de productores agrícolas, trabajadores y capas medias (Molina Jiménez, 1991, 2001, pp. 67-98).

El nacionalismo de los liberales, en el caso costarricense, superó los umbrales urbanos y se extendió ampliamente entre la población rural, un proceso facilitado por la concentración demográfica en el Valle Central, que se extiende de Turrialba en el este a San Ramón en el oeste y comprende unos 3200 kilómetros cuadrados, equivalente a un 6,4% del territorio. Según el censo de 1892, esta área era el asiento de cerca de un 80% de los habitantes (República de Costa Rica, 1893, p. x; Hernández, 1985, p. 176). La exitosa difusión de esa identidad nacional se vinculó estratégicamente con la expansión de la educación, que se acentuó a partir de la década de 1880. El 8% de la población de Costa Rica asistía a la escuela en 1894, una proporción similar a la de Uruguay (8,2%), superior a la de Chile (5,1%) e inferior a la de Argentina (9,6%); en contraste, en el resto de Centroamérica las cifras —en años próximos al indicado— eran más bajas: Guatemala (4%), El Salvador y Nicaragua (3%) y Honduras (5,3%) (Newland, 1991, p. 359; Burns, 1985, p. 65).

La invención de la nación se caracterizó en los cinco países por su vinculación con la ideología del progreso —en su sentido capitalista y positivista—, cuyo símbolo tecnológico básico era el ferrocarril y, en el caso específico de Nicaragua,

con la expectativa de construir un canal interoceánico. La experiencia a imitar para las burguesías agroexportadoras del istmo era la europea y, especialmente, la francesa. La fuerza de tal identificación fue estimulada por la llegada de inmigrantes europeos y su inserción en las familias principales de Centroamérica. La diversificación en los patrones de consumo, visible desde 1850, asoció la distinción y el confort con lo importado, ya se tratara de textiles, adornos, libros, muebles, alimentos o medicinas (Molina Jiménez & Palmer, 2004; Orlove, 1997).

El afán por emular a Europa se constata en la cultura impresa del ocaso del siglo XIX. La producción intelectual propia se veía con indiferencia o desdén, una actitud fomentada por las preferencias de los lectores: entre los sectores populares todavía persistían textos típicos del periodo colonial, como novenas, catecismos, breviarios y cartillas, pero se abrían paso con éxito los almanaques y las novelas de aventuras y del corazón. Las bibliotecas de burgueses e intelectuales, más amplias, diversas y actualizadas, exhibían el peso de la bibliografía europea, ya se tratara de obras clásicas o de las últimas novedades literarias, en su idioma original o vertidas al español (Molina Jiménez, 2004, pp. 23-60, 95-131, 163-191; Amaya Banegas, 2009; Tenorio Góchez, 2006; Ayerdis, 2005, pp. 163-403).

Los librereros contribuyeron a diversificar las audiencias de lectores al elaborar un discurso apropiado para interpelarlas en términos de edad, ocupación, género y clase. El catalán Antonio Font, en el editorial del primer número de *La Nueva Literatura*, periódico de la Librería Moderna en San José, advertía, a mediados de la década de 1890, que su local,

podemos decirlo con orgullo, tiene en sus estanterías obras que satisfagan desde el pequeño niño que por primera vez acude á la escuela, hasta el distinguido juriconsulto, recto teólogo ó eminente literato. Este nuevo establecimiento cuenta con admirable variedad de obras de Ciencias, Artes, Medicina, Derecho, Religión, Literatura, Educación, Novelas, Críticas, etc. etc., todo selecto, abundante y además barato. Hemos procurado que el libro esté al alcance de cualquier bolsillo, los vendemos instructivos, amenos y elegantes, desde el ínfimo precio de 5 cts. Hasta \$5,00 cada uno (Font, 1895).

La práctica y el discurso de los librereros, que tendían a priorizar la oferta de obras importadas sobre las editadas en Centroamérica, jugaron a largo plazo en contra de la valoración de la producción intelectual y literaria propia —con excepción de aquellas figuras que lograban proyectarse más allá del istmo, como el poeta nicaragüense Rubén Darío—. El médico costarricense Vicente Lachner se quejaba tan tardíamente como 1927 de que «es sumamente curioso lo que con nuestros libros acontece: a poco de publicados (y desgraciadamente sin haber sido aún leídos), ellos desaparecen como hundidos en profundo sumidero y nadie puede

decirnos donde pueden conseguirse; en imprentas y librerías sería inútil buscarlos» (Lachner, 1927, p. XV).

La queja de Lachner no carecía de base, dado el desinterés de los libreros por los textos producidos localmente, una tendencia visible en los inventarios de la época. La Librería Española, fundada por el catalán Vicente Lines en el San José de fines del siglo XIX, constituía uno de los principales establecimientos de su tipo en Costa Rica. El catálogo que publicó en 1908 estaba compuesto por 5569 volúmenes, de los cuales solo 86 (1,5%) correspondían a escritores del istmo —aunque tal porcentaje puede estar ligeramente subvalorado, ya que la fuente consultada no permite identificar debidamente todos los libros publicados en Centroamérica—. La proporción de estos últimos, en el local que Emilio Villacorta poseía en San Salvador, representaba una cifra todavía más baja en la década de 1920: apenas un 0,9% (10 de 1095 obras) (Librería Española, 1908; Diario Oficial, 1923).

ESCRITORES A CONTRACORRIENTE

El espacio que les quedó a los tempranos escritores nacionales fue ínfimo: sin fondos y faltos de estímulo, entre el escepticismo y el desinterés, fueron a veces el eje de vivos debates, como el que provocó la exposición internacional que se celebraría en Santiago de Chile en setiembre de 1875. La Junta de Granada (Nicaragua), al preparar el catálogo de lo que se enviaría a ese evento, advirtió que el país carecía de obras literarias dignas de ser exhibidas, ya que «las reducidas [...] que hoi van formando nuestra Biblioteca Nacional están incompletas para ostentarlas en un país progresista por excelencia». La severa decisión de la Junta, una vez conocida, fue cuestionada muy fuertemente:

[S]i tenemos obras literarias aunque pocas é incompletas, como dice la Junta, debieron enviarse para dar una idea de lo que somos [...]. Ni se diga tampoco que carecemos de obras ó que las que hai son incompletas. Las obras de Rosales hacen honor á Centro América. Los opúsculos que sobre varias materias i en distintas ocasiones publicaron Zavala, Benavente, Buitrago, Zepeda, Juares, Guerrero, Cortés, Selva, Ayón, Estrada i otros tantos hombres eminentes [...] no son [...] [indignos] de figurar en una Biblioteca (Gaceta de Nicaragua, 1875).

La actitud de la Junta, sin embargo, no era excepcional y fue compartida incluso por algunos de los tempranos y cosmopolitas escritores centroamericanos. El costarricense Ricardo Fernández Guardia (1867-1950) fue quizá un caso extremo, puesto que, tras cursar la escuela en París, volvió a San José en 1878; y, en junio de 1894, después de otras estadías en Europa (Sotela, 1920, p. 38), afirmaba:

[...] se dice el arte griego, el arte romano, la literatura francesa, las letras españolas. ¿Y cuándo [...] podría decirse el arte o la literatura costarricense? Yo, Dios me lo perdone, me imagino que nunca [...] nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística [...]. Se comprende sin esfuerzo que con una griega de la antigüedad, dotada de esa hermosura espléndida y severa que ya no existe, se pudiera hacer una Venus de Milo. De una parisiense graciosa y delicada pudo nacer la Diana de Houdon; pero, vive Dios que con una india de Pacaca [población de origen indígena cerca de San José] solo se puede hacer otra india de Pacaca (Quesada Soto, 1986, p. 98).

La falta de identificación con lo propio, que se constata en lo manifestado por Fernández Guardia, se extendía también a la cultura popular, siempre lista a desafiar el esfuerzo civilizador del Estado liberal. Los intelectuales vinculados con tal proyecto trataron incluso de corregir el lenguaje diario de los hijos de campesinos, artesanos y obreros. El abogado y profesor costarricense Alberto Brenes Córdoba, al prologar sus *Ejercicios gramaticales*, un texto escolar impreso por la tipografía estatal, advertía con verdadero orgullo: «Hemos tratado con algún detenimiento la corrección de los provincialismos que a nuestro juicio contribuyen a viciar en nuestro país la lengua castellana [...]. Nosotros los americanos, alejados del centro donde se habla con más pureza nuestro idioma, debemos poner particular empeño en su cultivo, para que no se degenera y se convierta en una jerigonza informe y falta de unidad» (1888, pp. iii-iv).

La preocupación de Brenes Córdoba fue compartida por otros intelectuales costarricenses que, a finales del siglo XIX, discutieron acaloradamente sobre la conveniencia de emplear el lenguaje popular en sus obras (Quesada Soto, 1986, pp. 97-129; Rojas González y otros, 1994, pp. 71-74; Rojas González, 1995, pp. 32-38). El afán «europeizador» de los liberales, que estaba en la base de esta inquietud, fue común en el resto de Centroamérica y se manifestó, además, en que las tipografías del Estado se concentraron en la publicación de textos de carácter legal y administrativo y de obras «útiles». El quehacer literario, de escaso interés para la cultura oficial, obligó a los autores de poesía y ficción a agenciarse los más variados tipos de financiamiento para editar sus libros en imprentas privadas. El poeta Rubén Darío, al evaluar en 1908 el caso nicaragüense, señalaba que, pese a la «abundancia de materia prima [...] el ambiente es hostil, las condiciones de existencia no son propicias, y la mejor planta mental que comienza en un triunfo de brotes se seca al poco tiempo. La impresión de libros [...] casi es nula. La producción de literatos y de poetas ha tenido que desaparecer entre las colecciones de diarios y de una que otra revista de precaria vida [...]. Nada queda de los pasados cultores de las letras» (Darío, 1987, pp. 147-148).

La falta de aprecio por el escritor nacional se asoció con la queja por el crecimiento de las ocupaciones parasitarias: abogados y empleados públicos. El escritor costarricense Carlos Gagini, ya en 1894, culpaba a la educación secundaria de fomentar esas profesiones y de restar fuerzas «a la agricultura, porque los jóvenes del campo trasladados a las ciudades se avergüenzan de volver a las faenas agrícolas [...] y hasta de sus rústicos padres» (Gagini, 1961, p. 120). La opinión que unos años después escuchó el filósofo social salvadoreño Alberto Masferrer fue parecida; un jurista de San José le dijo: «Costa Rica no necesita literatos sino agricultores. Brazos para laborar nuestras tierras, y no artistas» (Masferrer, 1949, p. 295). La concepción de este destacado intelectual de El Salvador, pese a todo, no era muy distinta de la prevaleciente en lo que se refería a la valoración de la literatura centroamericana: en 1922 propuso fundar una biblioteca municipal en cada población de su país y adjuntó una lista selecta de cien títulos, de los cuales únicamente cuatro eran de autores de América Latina: sus compatriotas Francisco Gavidia y Arturo Ambrogi, el guatemalteco José Milla y el mexicano Juan de Dios Peza; curiosamente, descartó a Rubén Darío (Masferrer, 1947, pp. 41-43).

El desafío de los escritores centroamericanos en las últimas décadas del siglo XIX era triple: construir una identidad colectiva propia y viable que los diferenciara de los europeos y, a la vez, les permitiera ser aceptados en sus países de origen; legitimar sus opciones estéticas e ideológicas específicas, un propósito cuyo carácter estratégico se asoció con el ascenso del modernismo (Beverly & Zimmerman, 1990, pp. 54-59); y diversificar y ampliar el mercado cultural para garantizar la impresión, circulación y consumo de sus productos (Rama, 1985, pp. 49-79). La ejecución de tal empresa resultaba urgente en el contexto ‘cosmopolita’ de la época, del cual no escapó la composición de las colecciones de las bibliotecas nacionales abiertas en las capitales de los cinco países de Centroamérica.

LAS BIBLIOTECAS NACIONALES

Antes de la década de 1830, las bibliotecas centroamericanas se caracterizaron por ser de carácter privado, ya fuera que pertenecieran a particulares —sobre todo a eclesiásticos, funcionarios, comerciantes, profesionales y profesores— o a instituciones como universidades, conventos, sociedades o escuelas. El primer establecimiento público se inauguró en Guatemala en 1832, por iniciativa de la Academia de Estudios —instancia que reemplazó a la Universidad de San Carlos—, pero fue de corta duración, ya que se clausuró en 1841 (Castillo López, 1995, pp. 293-295; Amaya Banegas, 2009, pp. 27-34, 39-44; Tenorio Góchez, 2006, p. 73). El segundo fue abierto en Costa Rica a finales de la década de 1850, tuvo como base los fondos bibliográficos de la Universidad de Santo Tomás y, ya en la década de 1860, prestaba libros a domicilio (González, 1989, p. 135). En ese

contexto, el bibliotecario Manuel Argüello Mora informaba «a los aficionados á la lectura que desde esta fecha la biblioteca estará abierta todos los días de las cuatro de la tarde á las siete de la noche, haya ó no haya lectores; y á cualquiera hora habiéndolos... Advirtiendo que aunque se permite gratis permanecer en la biblioteca todo el tiempo que se quiera, no se permitirá á ninguno, sea cual fuese su categoría o posición social, sacar los libros fuera del establecimiento» (1859, p. 4).

La fundación de bibliotecas nacionales fue un proceso vinculado decisivamente con el ascenso político de los liberales en Centroamérica, salvo en Nicaragua, país en el que el predominio de los conservadores se extendió entre 1859 y 1893. Las características principales de esas instituciones se sintetizan en el cuadro 1, el cual evidencia que su creación estuvo vinculada con la expansión o la reforma de los sistemas educativos —que pronto tendieron a la centralización y a la secularización— y con la etapa inicial de la construcción cultural de la nación. Los nuevos establecimientos lograron insertarse, con mayor o menor éxito, en redes internacionales de organizaciones similares mediante el intercambio de publicaciones (el de Costa Rica dispuso de una activa oficina de canje), pero carecían (con excepción del costarricense) de disposiciones que obligaran a quienes producían materiales impresos a entregar una copia —o si existía una ley o reglamento al respecto, no se cumplía debidamente—.

Cuadro 1. Bibliotecas nacionales centroamericanas por año de fundación y otras características (1870-1914)

País	Año de fundación	Depósito legal	Adscripción inicial	Número de directores en el periodo (1870-1914)
Guatemala	1879		Ministerio de Educación	10
El Salvador	1870	1870	Universidad Nacional (adscrita al Ministerio de Educación en 1887)	7
Honduras	1880	1958	Universidad Nacional	11
Nicaragua	1882		Presidencia de la República	6
Costa Rica	1888	1902	Ministerio de Educación	4

Fuentes: Solano Murillo, 1995, pp. 95-104; Arteaga, 1995, pp. 195-236; Castillo López, 1995, 293-303; Maldonado, 1995, 309-321; Coloma González, 1995, pp. 367-377.

La inestabilidad política de la época explica el elevado número de directores que tuvieron las instituciones analizadas, un fenómeno del que, de nuevo, se exceptuó Costa Rica, país en el que se conformó, ya a finales del siglo XIX, un sistema

nacional de bibliotecas que integraba los establecimientos públicos de provincia y los fondos bibliográficos de escuelas y colegios (Pérez, 2012, pp. 253-283). La profesionalización de los servicios prestados, sin embargo, fue limitada por la falta de personal debidamente preparado, una característica común en toda Centroamérica. El joven investigador estadounidense Dana Gardner Munro dejó un testimonio de lo que fue, alrededor de 1914, su experiencia de lectura en suelo costarricense:

La biblioteca está ubicada en un pequeño edificio, con lugar para unos veinte lectores. Raramente había más de uno o dos, además de mí, pero había cinco o seis empleados que gastaban su tiempo fumando cigarrillos y escupiendo sobre el piso y hablando entre sí en voz alta. También había muchas pulgas. La biblioteca estaba abierta de doce a cuatro y en la noche, pero las horas de la tarde eran siempre interrumpidas durante unos pocos minutos al inicio y al cierre, y en la noche era muy difícil leer (Gardner Munro, 1983, p. 5; la traducción es mía).

La primera biblioteca nacional que oficialmente se fundó en Centroamérica fue la de El Salvador, creada el 5 de julio de 1870, aunque fue inaugurada oficialmente en 1888; en tal ocasión se manifestó que su objetivo principal era constituirse en un «centro de instrucción popular» para contribuir a la regeneración del país y al desarrollo intelectual de la nación (Arteaga, 1995, pp. 195-197). El poeta nicaragüense Juan Felipe Toruño (Toruño, 1957, p. 151; Escamilla Saavedra, 1971-1972, pp. 9-21) indicó que para montar el establecimiento el Estado compró la colección particular del cardenal Lambruschini, exbibliotecario del Vaticano, compuesta por unos 6000 volúmenes, la cual —valorada en 16 768 pesos— pertenecía entonces al general mexicano Federico Larraínzar (Arteaga, 2000, p. 2). Pese al extraordinario valor de este acervo, fue solo en 1930 que se propuso construir un edificio propio y específico para albergar la institución (López Vallecillos, 1987, pp. 255-256).

La segunda experiencia fue la de Guatemala: fundada durante el periodo en que el país estuvo gobernado por Justo Rufino Barrios (1873-1885), la biblioteca se constituyó sobre la base de libros confiscados a los conventos, fondos bibliográficos pertenecientes a diversos planteles educativos y donaciones de particulares. La institución, cuya creación se justificó en 1879 para tener un espacio «a donde todos puedan concurrir a adquirir la instrucción que gusten», se distinguió desde un inicio por disponer de un valioso acervo de obras publicadas entre los siglos XV y XVIII. La colección guatemalteca se convirtió, en términos cuantitativos, en la más importante de Centroamérica por esa época: en 1897, estaba conformada por unos 19 400 volúmenes, una cifra muy superior a la del resto de sus vecinos ístmicos (Castillo López, 1995, pp. 295-296).

La Biblioteca Nacional de Honduras, fundada junto con el Archivo Nacional en 1880, tenía en 1889 apenas 1949 volúmenes y 659 folletos, la mayoría procedente de contribuciones privadas e institucionales —entre los donantes figuraron el presidente Marco Aurelio Soto y la Universidad de Chile—. El número de materiales disponibles creció de manera significativa en la siguiente década, ya que en 1898 alcanzaba un total de 6158 obras, cifra que disminuyó a 4048 en 1906 y se elevó a 14 000 en 1914. Posteriormente, en el contexto de la grave inestabilidad política que afectó al país a comienzos del decenio de 1920, el fondo bibliográfico se redujo a 10 993 libros en 1926, un 21,5% menos que ocho años antes (Maldonado, 1995, pp. 309-312).

La experiencia de Nicaragua se diferenció de la del resto de Centroamérica porque la Biblioteca Nacional —un proyecto cuyo origen se remonta a 1871— fue efectivamente fundada en junio de 1882 y quedó formalmente adscrita a la Presidencia de la República. El *corpus* bibliográfico del que disponía por entonces (4678 volúmenes) era superior al de Honduras, y la inversión total en la instalación y apertura del establecimiento —incluyendo el mobiliario— ascendió a 15 000 pesos (Halftermeyer, 1959, p. 115; Zepeda Henríquez, 1969, pp. 5-6). La institución, un bienio después, procuraba ya ampliar sus fondos documentales: en un anuncio comercial que se publicó en la *Gaceta Oficial* indicaba su interés en comprar «colecciones de periódicos del país de años anteriores al de 1867»¹. El catálogo comprendía ya 7351 obras en 1899, pero su crecimiento en las primeras décadas del siglo XX fue afectado por la falta de financiamiento y por el terremoto de 1931 (Coloma González, 1995, pp. 367-371).

El caso costarricense fue más tardío y diferente: en 1888 el Estado clausuró la Universidad de Santo Tomás, fundada en 1843, y dispuso que su colección bibliográfica, compuesta por casi 3500 volúmenes, se convirtiera en la base de la Biblioteca Nacional (González, 1989; Obregón, 1974, pp. 178-183; Zeledón, 1969, pp. 29-52; Brenes Rosales & Cortés Enríquez, 1988, pp. 29-38). La primera sede de la nueva institución fue poco impresionante y solemne: el segundo piso de una casa ubicada frente al mercado. En 1889 se trasladó a otra vivienda, adquirida en la suma de 70 000 colones, cuyo acondicionamiento —en la primera década del siglo XX— costó 98 435 colones. Un artículo en el periódico *Correo de España*, en 1909, aseguraba que «el edificio es una elegante construcción de aspecto severo y adecuado al fin á que se destina. Su fachada principal, con el busto de Minerva y relieves simbólicos de las ciencias y artes, dibujos del maestro [español, Tomás] Povedano, demuestran claramente al exterior ser un lugar reservado al estudio de aquellas» (Anónimo, 1909).

¹ *Gaceta Oficial*, Managua, 15 de octubre de 1884, p. 319.



Figura 1. Biblioteca Nacional de Costa Rica, 1909. Fuente: Fernando Zamora, *Album de vistas de Costa Rica*. San José: sin editor, foto 38.

En el cuadro 2 se presenta la procedencia de los libros según su lugar de impresión en las bibliotecas nacionales de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, los tres casos para los cuales se dispone de información para la misma década. La mayoría de los materiales provenía de Europa: en su conjunto, el 89,5% de los títulos y el 90,9% de los volúmenes. Las principales fuentes del establecimiento salvadoreño fueron Francia (1111 títulos), Italia (656 títulos) y España (280 títulos). La falta de datos para los otros dos países impide efectuar un cálculo parecido, pero es probable que la mayoría de las obras tuviera un pie de imprenta español o francés, una tendencia favorecida, en el caso costarricense, por la inmigración de impresores y libreros catalanes a San José, algunos de los cuales también tenían negocios en los otros países del istmo (Molina Jiménez, 1995, pp. 131-166).

Cuadro 2. Composición de las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887), Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888) según el país de impresión de los libros

Lugar	El Salvador		Nicaragua		Costa Rica	
	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes
Europa	2313	6240	1903	4139	1473	3216
América Latina	141	255	99	209	25	81
Estados Unidos	117	159	74	287	30	76
Centroamérica	56	80	23	43	51	111
Desconocido	53	67				
Total	2680	6801	2099	4678	1579	3484

Fuentes: Palacios, 1887; Biblioteca Nacional, 1882; Archivo Nacional de Costa Rica, Educación, Exp. 95, 1888, ff. 1-40.

La influencia de la cultura impresa de otros países de América Latina era muy escasa: destacaban las obras publicadas en México y Chile, esencialmente de carácter jurídico, que acompañaron el esfuerzo codificador de los gobiernos liberales del istmo en el último tercio del siglo XIX. Los materiales provenientes de Estados Unidos tampoco tenían un peso significativo: usualmente se trataba de informes oficiales, de datos estadísticos o de estudios científicos. El texto centroamericano era todavía menos frecuente: el cuadro 3 evidencia una ínfima presencia de los libros y folletos publicados en el área; de hecho, la producción local disponible en cada biblioteca nacional era mínima.

Cuadro 3. Obras impresas en Centroamérica presentes en las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887), Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888)

Biblioteca Nacional	Obras impresas en									
	Guatemala		El Salvador		Honduras		Nicaragua		Costa Rica	
	T	V	T	V	T	V	T	V	T	V
El Salvador	17	27	35	49	2	2			2	2
Nicaragua	3	3	3	3	5	5	12	32		
Costa Rica	12	19	3	3			1	1	35	88

T = títulos; V = volúmenes.

Fuentes: Palacios, 1887; Biblioteca Nacional, 1882; Archivo Nacional de Costa Rica, Educación, Exp. 95, 1888, ff. 1-40.

La limitada circulación de las obras centroamericanas era evidente aún a inicios del siglo XX en Honduras, cuya Biblioteca Nacional estaba compuesta por 4048

volúmenes en 1906, de los cuales únicamente 206 (5,1%) fueron impresos en el istmo (Biblioteca Nacional de Honduras, 1906; Babcock, 1927, pp. 1106-1108). La de Guatemala ofrecía un cuadro todavía más crítico, pues en 1927, según lo afirmado por su director, Rafael Arévalo Martínez, «no había en sus anaqueles sino tres libros de autores guatemaltecos» (1932, p. 3). Aunque cinco años después disponía ya de una valiosa colección de obras producidas en Centroamérica, el predominio correspondía aún a los textos provenientes de fuera de la región. El fenómeno expuesto se explica por el cosmopolitismo de las burguesías y de los intelectuales europeizados, pero también por el escaso atractivo mercantil de lo que se publicaba localmente, por lo cual no existía mucho interés de parte de las librerías en importar libros de los países vecinos y ofrecerlos al público.

Las excepciones eran aquellos textos utilizados con propósitos escolares y que, por tanto, se vendían bien, y los que alcanzaron una dimensión continental, como los de Darío. El periódico costarricense *El Heraldo* publicó precisamente un aviso que aprovechaba la estada del célebre poeta en San José, a inicios de la década de 1890, para indicar en relación con *Azul*: «el libro de moda. Se vende en la librería de Montero. Hay pocos ejemplares» (*El Heraldo*, 1891). El escritor centroamericano, sin embargo, rara vez veía sus obras clasificadas en la categoría «de moda»: aunque en periódicos y revistas se solía informar sobre la publicación de tal o cual título, la estrategia publicitaria de las librerías enfatizaba la promoción de los materiales importados, especialmente los europeos.

La orientación de las bibliotecas no era muy diferente: en sus estantes, la cultura universal, identificada con la de Europa, aventajaba ampliamente a la nacional. El grueso de los materiales impresos en el istmo a partir de 1821 brillaba por su ausencia en colecciones de volúmenes dominados por idiomas foráneos. El porcentaje de libros en español era, como se aprecia en el cuadro 4, muy bajo en El Salvador y más elevado en los casos de Nicaragua y Costa Rica; el francés dominaba los fondos de las tres bibliotecas, pero en la de San Salvador destacaban además el latín y el italiano, y en la de San José sobresalía el alemán, un énfasis que obedecía a varias donaciones de obras efectuadas por inmigrantes de ese origen. El trasfondo cardenalicio de la colección salvadoreña explica el hecho de que esta dispusiera de textos escritos en una lengua muerta y, a la vez, que contara con verdaderas joyas bibliográficas de los siglos XV, XVI y XVII.

Cuadro 4. Porcentaje de títulos y volúmenes en español en las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887), Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888)

Biblioteca Nacional	Títulos	Porcentaje en español	Volúmenes	Porcentaje en español
El Salvador	2680	23,2	6801	20,3
Nicaragua	2099	49,2	4678	44,1
Costa Rica	1579	51,7	3484	45,4

Fuente: Palacios, 1887; Biblioteca Nacional, 1882; Archivo Nacional de Costa Rica, Educación, Exp. 95, 1888, ff. 1-40.

Los incunables más valiosos que poseía la biblioteca de Guatemala databan del siglo XV (Castillo López, 1995, p. 296); en el caso de la de Nicaragua, la obra más antigua era *Década de las Indias*, de Antonio de Herrera y Tordesillas, impreso en 1726 (Biblioteca Nacional, 1882). La de Costa Rica, en 1909 y de acuerdo con un artículo publicado en el periódico *Correo de España*, tenía «ejemplares notables de gran valor bibliográfico [no consignados en el inventario de 1888, lo que sugiere que fueron adquiridos posteriormente] y que se remontan á los primeros tiempos de la imprenta, como por ejemplo, la *Gramática latina* de Nebrija (1500), la Biblia de Ferrara (1602) y otras muchas ediciones de autores griegos y latinos de los siglos XVII y XVIII» (Anónimo, 1909).

El acervo de la Biblioteca Nacional de El Salvador, sin embargo, no era fácilmente comparable. El cuadro 5 muestra un contraste claro: a diferencia del establecimiento nicaragüense, en el cual prevalecía lo editado de 1850 en adelante, en el salvadoreño la ventaja correspondía a lo impreso antes de 1849. El catálogo de 1888, falto de las fechas de edición, impide clasificar cronológicamente la colección de Costa Rica, pero es factible que la distribución de los textos por periodo de impresión se pareciera a la de Nicaragua. La Universidad de Santo Tomás, en efecto, realizó entre 1844 y 1886 diversas compras de libros en Europa, orientadas por un definido criterio de adquirir lo más reciente (Molina Jiménez, 1995, pp. 75-101).

La capital salvadoreña, epicentro político y cultural de un pequeño —y socialmente opresivo— país centroamericano, podía ufanarse, en el periodo posterior a 1870, de disponer de 287 títulos en 357 volúmenes editados entre el último tercio del siglo XV y 1699. Las dos obras más antiguas de esa colección eran venecianas y de carácter teológico: *Opus restitutionum usurarum et excommunicationum*, de Franciscus de Platea (1477), y *Viginti quator collationes sanctorum patrum conscripte*, de Joannes Cassianus (1491). El Salvador cafetalero poseía, así, dos de los primeros libros impresos en Venecia, una ciudad a la que se extendió el invento de Gutenberg en 1469 (Houston, 1988, p. 156).

Cuadro 5. Periodo en el que fueron impresos los libros de las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887) y Nicaragua (1882)

Periodo	El Salvador		Nicaragua	
	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes
1450-1499	2	2		
1500-1549	11	11		
1550-1599	81	110		
1600-1649	83	91		
1650-1699	110	143		
1700-1749	128	471		
1750-1799	334	1223	14	51
1800-1849	759	2501	156	596
1850 y +	1066	2115	1834	3537
No aparece	106	134	95	494
Total	2680	6801	2099	4678

Fuentes: Palacios, 1887; Biblioteca Nacional, 1882; Archivo Nacional de Costa Rica, Educación, Exp. 95, 1888, ff. 1-40.

La escasa presencia de autores del país en los fondos bibliográficos centroamericanos se explica, además, porque no existía o no se aplicaba el depósito legal. La directora de la Biblioteca Nacional de Nicaragua, Trini Medal, se quejaba en un informe de 1931 de que la sección de obras nicaragüenses era casi inexistente y de que prácticamente tenía que rogar a los escritores para que donaran una copia de sus obras. La experiencia de Costa Rica a inicios del siglo XX se diferenció de manera significativa de la del resto de sus vecinos, dado que la ley de imprenta de 1902 estableció que todo impresor estaba en la obligación de enviar a la Oficina de Canje dos ejemplares de cada publicación que realizara (Coloma González, 1995, p. 371; Solano Murillo, 1995, p. 99).

ALFABETIZACIÓN, CULTURA DE MASAS Y LECTORES

Las diferencias entre las bibliotecas nacionales centroamericanas se ampliaron y consolidaron al empezar el siglo XX: en tanto las de El Salvador, Guatemala y Honduras contaban respectivamente con 14 500, 24 000 y 15 000 volúmenes para los años 1922-1926 (la fuente consultada no brinda información sobre la de Nicaragua), la de Costa Rica, con 100 617 volúmenes y un incremento de 1251

volúmenes por año, se ubicaba entre las principales instituciones latinoamericanas de su tipo: en el noveno lugar entre las once más grandes (Babcock, 1928, pp. 156-164). El bibliotecario del Middle American Research Institute de Tulane University, Arthur Gropp, estimó que entre 1937 y 1938 la colección costarricense comprendía unos 100 000 volúmenes (véase el cuadro 6), cifra que fue corroborada por el guatemalteco Joaquín Méndez en 1940 (Brenes Rosales & Cortés Enríquez, 1988, pp. 39, 41) y con menos precisión por el nicaragüense Rubén Valladares S. (1943, pp. 20-21), quien afirmó que contenía más de 80 000 volúmenes y la definió como una «catedral del libro». De ser correctos, estos cálculos sugieren que la información de 1926 pudo estar sobrevalorada o que más probablemente —como se verá más adelante— el acervo bibliográfico creció mínimamente en el contexto de la crisis económica internacional de la década de 1930.

Los datos conocidos refuerzan la impresión de que la biblioteca costarricense alcanzó un límite a finales del decenio de 1920: el tamaño de la colección, en efecto, ascendió de 3484 volúmenes en 1888 a 10 242 en 1896-1897, y a 52 158 en 1916; en esta última fecha, el incremento era de más de 3000 obras por año (Bascom & Scouder, 1916, p. 97). El vertiginoso crecimiento descrito se explica, en mucho, por el decisivo apoyo estatal a la educación —en particular, a la alfabetización popular— que contribuyó a ampliar y diversificar la cultura impresa y su consumo. La expansión del aparato escolar fue uno de los ejes del agudo contraste social y cultural entre Costa Rica y los otros países del istmo centroamericano.

El avance del alfabetismo costarricense, en especial en el universo urbano, dejó su impronta en el incremento que experimentó la asistencia a la Biblioteca Nacional a comienzos del siglo XX, cuyo promedio diario se elevó de 200 a 500 lectores entre 1910 y 1914 (Gólcher, 1988, pp. 134-137). Las cifras de 1926, aunque más conservadoras (32 249 individuos atendidos por año en tal institución), superaban por mucho a las de sus contrapartes de Guatemala (cuyos datos corresponden a 1922), El Salvador y Honduras: 3600, 14 500 y 4999 personas anuales, respectivamente (Babcock, 1928, pp. 39, 41). La diferencia demográfica era mayor con las capitales guatemalteca (112 086 personas en 1921) y salvadoreña (88 508 habitantes en 1929), cuya población superaba ampliamente a la de San José (50 580 individuos en 1927) (Gellert, 1990, p. 44; Lungo Uclés & Baires, 1988, p. 150; Dirección General de Estadística y Censos, 1960, p. 36), por lo que un cálculo per cápita de la consulta de obras ampliaría todavía más la ventaja josefina.

La extraordinaria expedición que Gropp realizó entre 1937 y 1938 a diversos países y colonias de América Central y el Caribe para documentar el estado de sus bibliotecas públicas y privadas, y de sus imprentas, librerías y archivos permite considerar el caso de Costa Rica en una perspectiva comparativa más apropiada.

El cuadro 6 evidencia que, con respecto al periodo 1922-1926, las colecciones de Guatemala, El Salvador y Honduras se incrementaron respectivamente en un 14,3%, un 51,7% y un 46,7%; en contraste, la costarricense aumentó apenas en un 5,6%, una proporción que probablemente fue resultado del impacto de la crisis económica de la época.

La investigación de Gropp constató también que el sistema Dewey —un método de clasificación que empezó a utilizarse en Estados Unidos en la década de 1870 y posteriormente se expandió en ese país y en el exterior— comenzaba a ser utilizado en América Central; además, corroboró la ventaja costarricense en relación con el número de lectores atendidos anualmente —un incremento del 51,5% en comparación con los datos de 1926—; finalmente, consignó que el depósito legal se cumplía en todos los países. La información al respecto, sin embargo, deber ser considerada muy cuidadosamente, ya que el cumplimiento pudo ser únicamente de carácter provisional, motivado por el estudio que efectuaba el célebre especialista estadounidense.

Cuadro 6. Algunas características de las bibliotecas nacionales de América Central alrededor de 1936-1937

País	Volúmenes	Funcionarios	Uso de sistema Dewey	Depósito legal	Total de lectores que podían ser atendidos a la vez	Lectores por año
Guatemala	27 431	6		Sí	70	5002
El Salvador	22 000	14	Sí	Sí	95	
Honduras	22 000			Sí		5784
Nicaragua	15 150		Sí	Sí		
Costa Rica	106 248	17	Sí	Sí	100	48 868
Panamá*	8000	7			17	

*Los datos corresponden a la Biblioteca Municipal Colón, cuyos fondos fueron la base de la Biblioteca Nacional de Panamá.

Fuente: Gropp, 1941 (pp. iii, 14-17, 380-383, 493-494, 522-523, 543-544, 566-567).

La creciente alfabetización popular —86,7% en las capitales provinciales, 68,1% en las cantonales y 58% en el campo de las personas de nueve años y más en 1927— fue la base para que, en el caso costarricense, la institución imaginada por los políticos e intelectuales liberales como un baluarte de la ‘ciencia’ y el ‘progreso’ se convirtiera a la vez en una difusora estratégica de la cultura de masas, en su versión impresa (Dirección General de Estadística y Censos, 1960, pp. 44-53). El líder comunista Carlos Luis Fallas Sibaja, en una novela autobiográfica titulada

Marcos Ramírez publicada en 1952, evocó cómo en la década de 1920, después de laborar durante el día como aprendiz de mecánico en los talleres del Ferrocarril al Pacífico, en las noches se escapaba a la Biblioteca Nacional «a leer libros amenos e interesantes» (Fallas Sibaja, 1980, p. 273). La presencia infantil también fue documentada, aunque más tardíamente, para el caso de Nicaragua: según Gropp (1941, p. 522), en la Biblioteca Nacional de ese país casi la mitad de los lectores diarios eran niños: 25 de 58 personas.

La experiencia de José Manuel Salazar Navarrete, diputado por el Partido Liberación Nacional entre 1974 y 1978, fue similar a la de Fallas, aunque unos diez años posterior: vecino de Barrio México —una comunidad de artesanos, obreros y pequeños comerciantes—, él y varios de sus amigos, en el decenio de 1930, se aficionaron

a la lectura de un modo insaciable. No teníamos posibilidad de adquirir libros. Pero ahí cerca, en el centro de San José, estaba la magnífica Biblioteca Nacional. Fuimos sus asiduos visitantes, y en la sala que se encontraba situada a la derecha de la entrada principal con solo llenar una boleta eran sucesivamente puestos en nuestras manos, para que los leyéramos ahí mismo, los tomos de aventuras escritos por Emilio Salgari; los de Sandokan, El Tigre de la Malasia; y los de Bill Barnes, de Doc Savage, y de La Sombra... no faltaron las abundantes páginas de aventuras de Tarzán escritas por Edgar Rice Burroughs. También leímos ahí todos los libros de Julio Verne (Salazar Navarrete, 1997, p. 33).

Las sociabilidades infantiles y juveniles que se configuraron en las salas de la Biblioteca Nacional fueron un desafío para sus empleados, quienes se quejaban a inicios del siglo XX de que «con frecuencia llegan [...] jovencitos malcriados, que van allí a jugar, reír y hacer bulla, interrumpiendo a los lectores. A esos debería cargarlos recio la policía» (Anónimo, 1904). «El énfasis en la prevención, y no en la represión, distinguía la solución propuesta por un individuo que se consideraba perjudicado por la conducta, impropia según su opinión, de los menores de edad, razón por la cual aconsejaba a las autoridades que «a la Biblioteca [Nacional] no se dejara entrar niños de escuela primaria. Probar se puede que nada instructivo van a leer, pues solo piden novelas y revistas ilustradas. Además con sus puerilidades impiden la lectura y el estudio a las personas serias» (Anónimo, 1903).

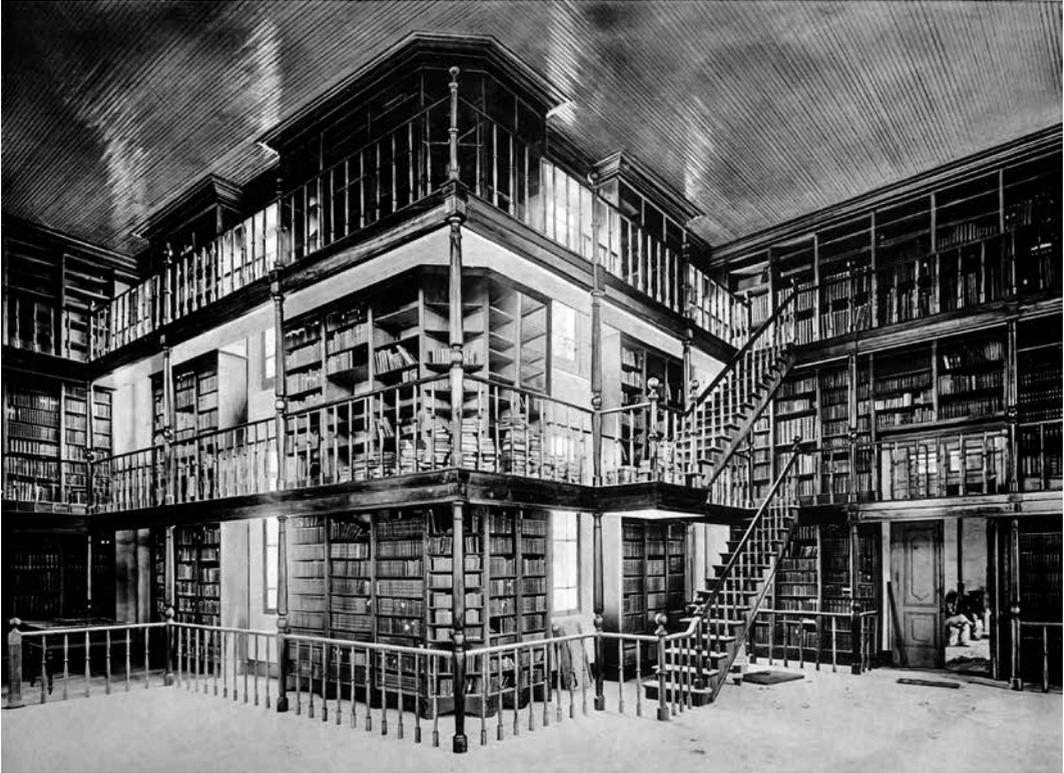


Figura 2. Interior de la Biblioteca Nacional de Costa Rica, 1909. Fuente: Fernando Zamora, *Álbum de vistas de Costa Rica*. San José: sin editor, foto 44.

La información disponible no permite determinar si en los otros países de América Central las bibliotecas nacionales se convirtieron —en una escala similar a la costarricense y a la nicaragüense— en espacios de sociabilidad para niños y jóvenes de diverso origen social, incluidos los de extracción popular, y en cómplices y promotoras del consumo de la cultura de masas en su dimensión impresa. La de Costa Rica, en particular, fue tempranamente descubierta por miles de lectores josefinos, de variadas edades y condiciones económicas, quienes instrumentalizaron los servicios y salones de la institución en función de los más diversos intereses y, según se desprende de las quejas expuestas, libraron un pequeño conflicto en torno a la apropiación cultural de ese espacio, aunque todavía falta por investigar cómo fue implementada por las autoridades correspondientes una política de control y burocratización de los usuarios (Skouvig, 2007, pp. 223-238).

DE INICIOS DEL SIGLO XX A COMIENZOS DEL XXI

La convulsa política regional, las guerras civiles, las intervenciones extranjeras, las crisis económicas, los desastres naturales, la falta de financiamiento adecuado y el desinterés de las autoridades afectaron, de maneras diversas, las bibliotecas nacionales centroamericanas en el siglo posterior a 1914. El cuadro 7 evidencia que, pese a esas limitantes, las instituciones lograron avances importantes en términos de infraestructura (inauguración de nuevos edificios), ampliaron todavía más sus fondos (con una participación creciente de las obras impresas en cada país) e iniciaron, en algunos casos ya en la década de 1930, la profesionalización de su personal (la primera asociación de bibliotecarios se fundó en El Salvador en 1947 y una escuela bibliotecológica fue abierta en Guatemala en 1948). Los procesos referidos fueron respaldados por gobiernos como Estados Unidos, Venezuela y Suecia, entre otros, e instancias internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) que, desde finales del decenio de 1940 y en el contexto de la Guerra Fría, promovió la modernización de la infraestructura bibliotecaria pública en el Tercer Mundo (Laugesen, 2014, pp. 1-19).

La particular experiencia de Panamá —una audiencia aparte durante la época colonial, un territorio integrado a la actual Colombia después de 1821 e independizado en 1903— explica que, aunque en 1892 se constituyó la Biblioteca Municipal Colón con un acervo de apenas 915 obras, fue únicamente en 1941 que la colección de tal entidad, conformada por unos 10 000 volúmenes, se convirtió en la base de una institución de carácter nacional, adscrita al Ministerio de Educación e inaugurada formalmente en julio de 1942 —una entidad similar, fundada en 1924, no se hizo efectiva—. La creación de tal establecimiento, que se aunó a la apertura de una escuela universitaria de bibliotecología, se justificó con el propósito de que se convirtiera en una fuente «nutricia del pensamiento y protectora de las ciencias, de las artes y de las letras» (Solís & Rodríguez de Robles, 1995, pp. 382-385 y 397; Gropp, 1941, p. 543).

Cuadro 7. Bibliotecas nacionales centroamericanas: inicios de la profesionalización del personal, inauguración de los nuevos edificios, población total y tamaño de los fondos bibliográficos alrededor de 1990-1995

País	Profesionalización inicial del personal	Inauguración del nuevo edificio	Fondos bibliográficos (volúmenes)*	Volúmenes nacionales	Población total en millones de personas
Guatemala	¿1930? (década)	1957	100 000		9,2
El Salvador	1947	1994		10 637	5,3
Honduras	1967	1963	50 000		4,9
Nicaragua	1940 (década)	1981	127 181		3,7
Costa Rica	1938	1971	236 446	64 895	3,0
Panamá	1941	1987	54 513	22 070	2,4

*No incluye periódicos ni revistas.

Fuentes: Solano Murillo, 1995 (pp. 98-100, 103); Arteaga, 1995 (pp. 199, 202, 205, 210); Castillo López, 1995 (p. 296); Maldonado, 1995 (pp. 313, 321); Coloma González, 1995 (pp. 371, 373, 376); Solís & Rodríguez de Robles, 1995 (pp. 382-385, 397); Flasco, 1992 (p. 13).

Los avances indicados no estuvieron exentos de considerables pérdidas y deterioros. La extraordinaria colección Lambruschini, según la denuncia dada a conocer por Ramón López Jiménez el 5 de julio de 1970, durante una conferencia para celebrar el centenario de la Biblioteca Nacional de El Salvador, había sufrido un verdadero «vía crucis»:

[E]s algo que duele hasta la entraña. No voy a narrar ese calvario del libro, de los libros más valiosos [...]. Pero sí quiero pregonar muy alto, que entre el 2o. y el 3r. piso de esta casa yacen como muertos —no sé— acaso más de 2,000 volúmenes de la primitiva colección Lambruschini. Están amontonados en una pequeña habitación, sin luz ni aire, colocados en el suelo, dañados por la humedad de la[s] baldosas de cemento. La puerta de acceso a ese minúsculo cuartito no tiene llave. Las bisagras de la única puerta no tienen tornillos están amarradas con alambres. ¿Cuántos han desaparecido? ¿Quién sabe! Pero la verdad es que están tirados en el suelo, amontonados como materiales de construcción (Arteaga, 2000, pp. 6-7).

El descuido precedente fue seguido, en octubre de 1986, por un terremoto que destruyó el edificio, evento sísmico al cual se sumaron fuertes lluvias que sepultaron los textos bajo el peso de los escombros y el lodo (Arteaga, 1995, p. 198). El caso de Nicaragua fue similar: tras el movimiento telúrico de diciembre de 1972 y el incendio posterior, únicamente sobrevivieron 7653 de unos 80 000 volúmenes

(Coloma González, 1995, p. 372). La Biblioteca Nacional de Costa Rica, catalogada por Gropp en 1951 como «la mejor organizada y más importante de Centroamérica» (Solano Murillo, 1995, p. 98), fue víctima de algo más que de fuerzas naturales: en 1971, al trasladarse a su nueva sede, el bello inmueble decorado por Povedano a comienzos del siglo XX fue demolido para construir un estacionamiento para vehículos; y veinte años después, a mediados de 1991, un amplio conjunto de obras impresas en San José antes de 1900 fue vendido como desecho a una empresa fabricante de servilletas y papel higiénico (Semana *Universidad*, 1991).

Las experiencias más difíciles, como fueron las de Nicaragua y El Salvador, dieron origen a esfuerzos sistemáticos para recuperar el acervo, un proceso que fue más exitoso en el caso nicaragüense debido al estratégico respaldo estatal y a la importante ayuda externa que recibió la Biblioteca Nacional de ese país en el contexto de la revolución sandinista (Coloma González, 1995, pp. 372-374). La política democrática, la estabilidad institucional, la inversión creciente en el campo educativo y las nuevas políticas culturales puestas en práctica después de 1950 favorecieron que, como se constata en el cuadro 7, Costa Rica se diferenciara, alrededor de 1990, por los fondos bibliográficos más amplios de Centroamérica, pese a que tenía la población menor; además, la proporción alcanzada por las obras impresas localmente era considerable (27,5%).

La década de 1990 resultó decisiva para la Biblioteca Nacional de Costa Rica por dos razones: primero, porque fue reconfigurada como una institución al servicio de la investigación, con lo cual quedó en el pasado su papel como establecimiento general, al que podían acudir niños y jóvenes para entretenerse con la lectura o para realizar sus tareas escolares y colegiales; y segundo, porque se consolidó en el año 2000 como eje del Sistema Nacional de Bibliotecas (SINABI). La integración de las bibliotecas públicas fue un proceso que diversas autoridades empezaron a impulsar desde inicios del decenio de 1970: en el año 2008, el país disponía de 55 establecimientos de este tipo ubicados en 49 de los 81 cantones en que se divide el territorio costarricense para una cobertura del 60,5% (Pérez, 2012, pp. 406-408; Córdoba González, 1980, 2008).

La ventaja costarricense se profundizó a comienzos del siglo XXI, cuando la Biblioteca Nacional —bajo la dirección de la especialista en estudios literarios Margarita Rojas González— inició un vasto y ambicioso programa para digitalizar sus colecciones de periódicos, revistas, libros, folletos, fotografías y otros materiales para ponerlos a disposición del público mediante internet². El número de documentos a texto completo ofrecidos ascendió de 625 en el año 2010 a más de 112 000 en 2015, todos los cuales pueden ser descargados gratuitamente; en febrero

² Véase: <http://www.sinabi.go.cr/>

de este último año, desde su lanzamiento en 2009, el portal referido había sido visitado por 1 200 000 personas de 155 países (Rodríguez Amador, en preparación).

La digitalización de materiales fue una iniciativa promovida por la Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA) y por la UNESCO desde finales de la década de 1990 con el propósito de facilitar y democratizar el acceso a la información y de preservar las valiosas colecciones de materiales impresos pertenecientes a las instituciones referidas (Solorio Lagunas, 2004, pp. 2-10). La experiencia costarricense, aunque es la más exitosa en América Central, no es la única, ya que también en Panamá se ha avanzado en la construcción de un portal similar al de Costa Rica; El Salvador apenas empieza con un proyecto de este tipo, cuya puesta en práctica permanece como un desafío a futuro para Nicaragua, Honduras y Guatemala.

EPÍLOGO

Las iniciativas para fundar bibliotecas nacionales en Centroamérica se concentraron en el último tercio del siglo XIX, cuando los Estados, predominantemente dirigidos por políticos liberales, iniciaron la construcción cultural de la nación, un proceso que se desarrolló de manera más tardía en Panamá. Las instituciones referidas, que fueron conceptualizadas como emblemas nacionalistas del progreso y a la vez como medios para alcanzarlo, pronto evidenciaron sus limitaciones, afectadas por su desinterés por la producción impresa propia, la inestabilidad política y la falta de recursos. La situación precedente fue resultado de que, con excepción de Costa Rica, los gobiernos dedicaron sus pocos ingresos a atender las demandas de los sectores económica y políticamente más poderosos de cada país y las del capital extranjero, principalmente el estadounidense.

La extrema desigualdad social y las formas políticas autoritarias que prevalecieron en Centroamérica fueron acompañadas por una decisiva extroversión cultural, ya que la identidad nacional se construyó sobre la base de los modelos europeos. La composición de las bibliotecas nacionales a finales del siglo XIX no fue la excepción. El libro extranjero, escrito en un idioma distinto del español, prevalecía aplastantemente en sus estantes cosmopolitas; y fue solo después de 1900 que la producción intelectual propia empezó a ser apreciada de una forma más definida. Este proceso coadyuvó a ampliar poco a poco la presencia de los textos locales en un marco institucional que otrora les fue indiferente o adverso.

La valoración de la creación intelectual centroamericana coincidió con un cambio generacional, ya que jóvenes poetas y prosistas, armados con un discurso radical, comenzaron a cotizarse política y culturalmente entre los trabajadores urbanos (Acuña Ortega, 1993, pp. 289-290). El antiimperialismo y la cuestión

social fueron temas cuyo tratamiento por los escritores nacionales se profundizó al avanzar el siglo XX, en un contexto de creciente agitación popular. El porvenir imaginado por los intelectuales y políticos cosmopolitas pocos lustros atrás era muy distinto. Así, Manuel Delgado, ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador, expresó en octubre de 1888, al incorporarse a la Academia de Ciencias y Bellas Letras, que formulaba «votos porque nuestros jóvenes escritores, en cuyas manos está la gloria literaria de nuestra querida patria, se inspiren siempre en los bellísimos modelos que les ofrece la literatura idealista de todos los países y de todos los tiempos» (López Vallecillos, 1987, p. 199).

La esperanza de Delgado, una clara manifestación de la extroversión cultural de la época, se desvaneció en el tránsito del siglo XIX al XX al configurarse literaturas nacionales definidas y contestatarias en Centroamérica. El giro izquierdista de ciertos círculos de intelectuales ocurrió en una época caracterizada por otro cambio básico: el ascenso de la cultura de masas. Este proceso, especialmente visible en la expansión de las exhibiciones cinematográficas según está documentado para el caso costarricense (Marranghello, 1988; Acuña Zamora y otros, 1996), tuvo también una dimensión impresa, que se manifestó en el periodismo sensacionalista, las novelas de aventuras y del corazón y otros textos similares, todos los cuales, al tiempo que abrieron espacios para revalorizar creencias y prácticas populares, complicaron los proyectos civilizadores de los adalides centroamericanos de la ideología del progreso.

Las bibliotecas nacionales se convirtieron, desde su fundación a finales del siglo XIX, en importantes espacios de sociabilidad de la intelectualidad centroamericana, pero tendieron a perder esa dimensión después de 1950, a medida que fueron profesionalizándose y burocratizándose, y debido a la apertura de nuevas instancias y actividades culturales vinculadas con la expansión de las universidades. La radicalización política de estudiantes y profesores, en especial a partir de la década de 1960, acrecentó e intensificó tal distanciamiento, que fue agravado por la represión posterior, que culminó en la crisis política y militar del decenio de 1980. Los acuerdos de paz y los avances en la democratización del área, luego de 1990, facilitaron nuevas conexiones con los intelectuales, pero en un contexto distinto al de medio siglo antes, dado que esas centenarias instituciones comenzaron a priorizar los servicios para académicos nacionales y extranjeros, en particular con base en sus valiosas colecciones de periódicos, revistas, folletos y libros impresos en América Central.

El incremento en los fondos bibliográficos de las bibliotecas nacionales fue un proceso lento y desigual en el siglo XX, afectado por la falta de financiamiento, las crisis de diversa índole y los desastres naturales. La modernización y la profesionalización de tales instituciones fueron, debido a las circunstancias referidas, limitadas, incompletas y tardías, en un contexto caracterizado por el liderazgo

costarricense, fundamentado en la mayor estabilidad política del país y en la inversión creciente en educación. La digitalización sistemática de colecciones, puesta en práctica en Costa Rica a partir de 2009, constituye sin duda el proceso más innovador realizado en Centroamérica en la última década y uno de los principales de su tipo efectuado en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña Ortega, Víctor Hugo (1993). Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica (1870-1930). En Víctor Hugo Acuña Ortega (ed.), *Historia general de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras* (pp. 255-323). Madrid: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Acuña Ortega, Víctor Hugo (1994). Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930). En Iván Molina Jiménez y Steven Palmer (eds.), *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (pp. 145-165). San José: Plumssock Mesoamerican Studies y Porvenir.
- Acuña Zamora, Gilberth; Grace Aguilar Cedeño; Alonso Brenes Barquero; Elizabeth Chinchilla Fonseca; Jeannette García Jiménez & Marta Morera Salas (1996). «Exhibiciones cinematográficas en Costa Rica (1897-1950)». Memoria de Graduación de Licenciatura en Historia. Universidad de Costa Rica.
- Amaya Banegas, Jorge Alberto (2009). *Historia de la lectura en Honduras: libros, lectores, bibliotecas, librerías, clase letrada y la nación imaginada, 1876-1930*. Tegucigalpa: Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán.
- Anónimo (1903). Muy conveniente. *La Prensa Libre*, San José, 16 de julio, p. 4.
- Anónimo (1904). Mala crianza. *La Prensa Libre*, San José, 4 de febrero, p. 3.
- Anónimo (1909). La Biblioteca Nacional de Costa Rica (1909). *Correo de España*, San José, 25 de abril, pp. 1-2.
- Arévalo Martínez, Rafael (1932). *Catálogo de la Biblioteca Nacional*. Guatemala: s. e.
- Argüello Mora, Manuel (1859). Biblioteca de la Universidad. *Crónica de Costa Rica*, 16 de febrero, p. 4.
- Arteaga, Mérida (1995). Biblioteca Nacional de El Salvador: su historia 1870-1995. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 195-236). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Arteaga, Mélida (2000). «Historia de tres colecciones famosas: Lambruschini, Biología Centrali-Americana-Sección Arqueología y Shook». Ponencia presentada en el V Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de El Salvador, San Salvador, 18-21 de julio.
- Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.) (1995). *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ayerdis, Miguel (2005). *Publicaciones periódicas, formas de sociabilidad y procesos culturales en Nicaragua 1884-1926*. Managua: Banco Central de Nicaragua.
- Babcock, Charles E. (1927). The National Library of Honduras. *Bulletin of Pan American Union*, LXI(11), 1106-1108.
- Babcock, Charles E. (1928). Latin American Libraries. *Bulletin of the Pan American Union*, LXII(2), 156-164.
- Bascom, Jones J. & William T. Scouder (eds.) (1916). *El libro azul de Costa Rica*. San José: s. e.
- Beverly, John & Marc Zimmerman (1990). *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas Press.
- Biblioteca Nacional (1882). *Catálogo general*. Managua: Tipografía de Managua.
- Biblioteca Nacional de Honduras (1906). *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*. Tegucigalpa: Tipografía Nacional.
- Bolaños, Pío (1976). *Obras de don Pío Bolaños*. Managua: Banco de América.
- Brenes Córdoba, Alberto (1888). *Ejercicios gramaticales*. San José: Imprenta Nacional.
- Brenes Rosales, Raymundo & Luis Gonzalo Cortés Enríquez (1988). *Biblioteca Nacional. 100 años de historia 1888-1988*. San José: Universidad Autónoma de Centroamérica.
- Burns, E. Bradford (1985). The Intellectual Infrastructure of Modernization in El Salvador, 1870-1900. *The Americas*, XLI(3), 57-82.
- Castillo López, Víctor (1995). Biblioteca Nacional de Guatemala. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 293-303). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Coloma González, Fidel (1995). Notas sobre el desarrollo histórico de la Biblioteca Nacional de Nicaragua. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 367-377). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Córdoba González, Saray (1980). «El sistema de bibliotecas públicas de Costa Rica. Diagnóstico general de su funcionamiento y sugerencias para su mejoramiento». Tesis de Licenciatura en Bibliotecología. Universidad de Costa Rica.
- Córdoba González, Saray (1992). «La participación del Estado en el desarrollo de las bibliotecas públicas en Costa Rica: 1948-1988». Tesis de Maestría en Bibliotecología. Universidad de Costa Rica.
- Darío, Rubén (1987). *El viaje a Nicaragua e intermezzo tropical*. Managua: Nueva Nicaragua.
- Diario Oficial (1923). Ejecuciones. *Diario Oficial*, San Salvador, 27 de diciembre, pp. 2688-2690.
- Díaz Arias, David (2013). La construcción de las naciones centroamericanas, 1821-1954. En María Cristina Mineiro Scatamacchia y Francisco Enríquez Solano (eds.), *América. La consolidación de las naciones* (pp. 64-97). Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Dirección General de Estadística y Censos (1960). *Censo de población de Costa Rica 11 de mayo de 1927*. San José: Dirección General de Estadística y Censos.
- Dobles Segreda, Luis (1927-1936). *Índice bibliográfico de Costa Rica*, tomos I-IX. San José: Librería e Imprenta Lehmann.
- Dobles Segreda, Luis (1968). *Índice bibliográfico de Costa Rica*, tomos X-XII. San José: Asociación Costarricense de Bibliotecarios.
- El Heraldo* (1891). Azul por Rubén Darío. *El Heraldo*, San José, 11 de octubre, p. 1.
- Escamilla Saavedra, Julio (1972). Breve historia de la Biblioteca Nacional de El Salvador. *Anaqueles*, 1, 9-21.
- Fallas Sibaja, Carlos Luis (1980). *Marcos Ramírez* (12a. edición). San José: Imprenta Lehmann.
- FLACSO – Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (1992). *Centroamérica en cifras 1980-1992*. San José: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Font, Antonio (1895). Nuestro propósito. *La Nueva Literatura*, San José, 21 de febrero, p. 1.
- Froebel, Julius (1978). *Siete años de viaje en Centroamérica, Norte de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos*. Managua: Banco de América.
- Gaceta de Nicaragua (1875). No oficial. *Gaceta de Nicaragua*. Managua, 7 de agosto, p. 327.
- Gagini, Carlos (1961). *Al través de mi vida*. San José: Editorial Costa Rica.
- García, Miguel Ángel (1971). *Bibliografía hondureña*. Tegucigalpa: Banco Central de Honduras.

- García, Miguel Ángel (1988). *La imprenta en Honduras 1828-1975*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria.
- García Laguardia, Jorge Mario (1969). *Precursores ideológicos de la independencia en Centroamérica. Los libros prohibidos*. Guatemala: Universidad de San Carlos.
- García Villas, Mariano (1952). *Lista preliminar de la Bibliografía Salvadoreña de las obras existentes en la Biblioteca Nacional*. San Salvador: Biblioteca Nacional.
- Gardner Munro, Dana (1983). A student in Central America (1914-1916). *Middle American Research Institute*, 51. Universidad de Tulane.
- Gellert, Gisela (1990). Desarrollo de la estructura espacial de Ciudad de Guatemala: desde su fundación hasta la revolución de 1944. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 16(1), 31-55.
- Gólcher, Erika (1988). «El mundo de las imágenes: percepción del sector gobernante de Estados Unidos y Europa occidental». Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica.
- González, Paulino (1989). *La Universidad de Santo Tomás*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Gropp, Arthur E. (1941). *Guide to Libraries and Archives in Central America and the West Indies, Panama, Bermuda, and British Guiana*. Nueva Orleans: Middle American Research Institute.
- Halftermeyer, Gratus (1959). *Historia de Managua*. Managua: Talleres Nacionales.
- Hernández, Hermógenes (1985). *Evolución territorial y principales censos de población 1502-1984*. San José: Universidad Estatal a Distancia.
- Houston, Robert A. (1988). *Literacy in Early Modern Europe. Culture & Education, 1500-1800*. Nueva York: Longman.
- Lachner, Vicente (1927). Una nota del doctor Lachner. En Luis Dobles Segreda (ed.), *Índice bibliográfico de Costa Rica*, t. I (pp. xv-xvi). San José: Imprenta Lehmann.
- Latin American Bibliographic Foundation & Ministerio de Cultura de Nicaragua (1986). *Bibliografía nacional nicaragüense, 1800-1978*. Redlands: Latin American Bibliographic Foundation y Ministerio de Cultura de Nicaragua.
- Laugesen, Amanda (2014). UNESCO and the Globalization of the Public Library Idea, 1948 to 1965. *Library & Information History*, 30(1), 1-19.
- Librería Española (1908). *Catálogo general de la Librería Española de María v. de Lines*. San José: Imprenta de María V. de Lines.
- López Vallecillos, Ítalo (1987). *El periodismo en El Salvador*. San Salvador: UCA.

- Lungo Uclés, Mario & Sonia Baires (1988). Población y economía en la consolidación de la capital salvadoreña 1880-1930. En Rodrigo Fernández y Mario Lungo Uclés (eds.), *La estructuración de las capitales centroamericanas* (pp. 135-155). San José: Editorial Universitaria Centroamericana.
- Mahoney, James (2001). *The Legacies of Liberalism. Path Dependence and Political Regimes in Central America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Maldonado, Carlos Wilfredo (1995). Biblioteca Nacional de Honduras. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 309-321). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Marranghello, Daniel (1988). *El cine en Costa Rica 1903-1920*. San José: Jiménez y Tanzi.
- Masferrer, Alberto (1947). *Páginas escogidas*. Buenos Aires: Jackson.
- Masferrer, Alberto (1949). En Costa Rica. En Alberto Masferrer, *Hombres, ciudades, paisajes*, t. II (pp. 283-301). San Salvador: Universidad Autónoma de El Salvador.
- Meléndez, Carlos (1990). Los veinte primeros años de la imprenta en Costa Rica 1830-1849. *Revista del Archivo Nacional*, LIV(1-12), 41-84.
- Molina Jiménez, Iván (1991). *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Molina Jiménez, Iván (1995). *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*. San José: Universidad de Costa Rica y Universidad Nacional.
- Molina Jiménez, Iván (2001). Ciclo electoral y políticas públicas en Costa Rica (1890-1948). *Revista Mexicana de Sociología*, 63(3), 67-98.
- Molina Jiménez, Iván (2004). *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX*. Heredia: Universidad Nacional.
- Molina Jiménez, Iván & Steven Palmer (eds.) (2004). *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (segunda edición). San José: Universidad Estatal a Distancia.
- Munro, Dana Gardner (1983). *A Student in Central America, 1914-1916*. Nueva Orleans: Middle American Research Institute - Tulane University.
- Newland, Carlos (1991). La educación elemental en Hispanoamérica: desde la independencia hasta la centralización de los sistemas educativos nacionales. *Hispanic American Historical Review*, 71(2), 333-364.
- Obregón, Edgar A. (1974). *Miguel Obregón*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

- Orlove, Benjamin (ed.) (1997). *The Allure of the Foreign. Imported Goods in Postcolonial Latin America*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Oss, Adriaan C. van (1984). Printed Culture in Central America, 1660-1821. *Jahrbuch für Geschichte von Staat Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 21, 77-107.
- Palacios, Rafael (1887). *Catálogo alfabético y por materias de todos los libros que contiene la Biblioteca Nacional*. San Salvador: Imprenta de El Cometa.
- Peatling, Gary Kenneth (2004). Public Libraries and National Identity in Britain, 1850-1919. *Library History*, 20(1), 33-47.
- Pérez, Álvaro (2012). *Origen y evolución de la bibliotecología en Costa Rica*. San José: Colegio de Bibliotecarios de Costa Rica.
- Pérez Brignoli, Héctor (2010). *Breve historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza.
- Quesada Soto, Álvaro (1986). *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Rama, Ángel (1985). *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Alfadil.
- República de Costa Rica (1893). *Censo general de la República de Costa Rica levantado bajo la administración del Licenciado don José J. Rodríguez el 18 de febrero de 1892*. San José: Tipografía Nacional.
- Rodríguez Amador, Laura (en preparación). *Experiencia de implementación del Portal del SINABI*. San José: Sistema Nacional de Bibliotecas.
- Rojas González, Margarita (1995). *El último baluarte del imperio*. San José: Editorial Costa Rica.
- Rojas González, Margarita, Flora Ovares Ramírez, Carlos Santander & María Elena Carballo (1994). *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Salazar Navarrete, José Manuel (1997). Una historia de mi barrio: Barrio México. En Eduardo Oconitrillo García & Francisco Enríquez Solano (eds.), *Historias de mi barrio. El San José de ayer* (pp. 23-50). San José: Editorial Costa Rica.
- Semanario Universidad* (1991). Venden libros por toneladas. *Semanario Universidad*. San José, 2 de agosto, p. 9.
- Skouvig, Laura (2007). The Construction of the Working-Class User: Danish Free Public Libraries and the Working Classes, 1880-1920. *Library History*, 23(3), 223-238.
- Solano Murillo, Rosario (1995). Biblioteca Nacional de Costa Rica. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 95-104). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Solís, Francisco Javier & Gloria E. Rodríguez de Robles (1995). Biblioteca Nacional de Panamá. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 381-401). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Solorio Lagunas, Javier (2004). Biblioteca Virtual Iberoamericana y Caribeña El Dorado. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Información INFO2004, La Habana, 12-16 de abril.
- Sotela, Rogelio (1920). *Valores literarios de Costa Rica*. San José: Imprenta Alsina.
- Tenorio Góchez, Ruth María de los Ángeles (2006). Periódicos y cultura impresa en El Salvador (1824-1850): «cuán rápidos pasos da este pueblo hacia la civilización europea». Tesis de Doctorado. The Ohio State University.
- Toruño, Juan Felipe (1957). *Desarrollo literario de El Salvador*. San Salvador: Ministerio de Cultura.
- Valenzuela, Gilberto (1961-1962). *Bibliografía guatemalteca*, tomos III, IV, V, VI, VII y VIII. Guatemala: Tipografía Nacional.
- Valladares S., Rubén (1943). *Viajando por tierras ticas*. León: s. e.
- Valle, Rafael Heliodoro (1981). *Historia de la cultura hondureña*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria.
- Woodward, Ralph Lee Jr. (1999). *Central America. A Nation Divided* (tercera edición). Nueva York: Oxford University Press.
- Zeledón, Marco Tulio (1969). Notas para la historia de la Biblioteca Nacional. *Hipocampo*, 5, 29-52.
- Zepeda Henríquez, Eduardo (1969). Escorzo histórico de nuestra Biblioteca Nacional. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, 20(100), 5-6.